

Salir a las periferias para dar lo que eres.

La santidad como misión.

Dr. Francesc Torralba

Universitat Ramon Llull (Barcelona)

1. A modo de prologo

Ante todo, deseo agradecer al Rector Mayor la invitación a participar activamente en este evento salesiano. Por razones familiares, tengo en gran estima la obra de Don Bosco. Mis cinco hijos se han formado en un centro educativo salesiano en la ciudad de Barcelona y uno de ellos, mi hijo adoptado, Valentín, que tiene necesidades especiales, ha sido atendido, con sumo cuidado, por sus educadores sociales que han contribuido enormemente a su crecimiento integral.

Gratitud, pues, es la primera palabra que emerge de mis labios.

También agradezco la posibilidad de visitar, de nuevo, la ciudad de Torino, que tiene un gran valor simbólico para toda la comunidad salesiana, pues aquí es donde Don Bosco inició su actividad educativa y apostólica con los jóvenes de las periferias. He visitado en dos ocasiones la ciudad de Torino participando en el congreso Torino Spiritualità y esta ciudad me fascina, especialmente, por sus librerías.

El tema que me invitan a tratar es muy bello. Deseo explorarlo a la luz del magisterio del Papa Francisco. Tengo el honor de ser consultor del Pontificio Consejo de la Cultura y sigo atentamente el desarrollo de su magisterio en el mundo.

El pensamiento del Papa Francisco sobre la santidad es un pensamiento vivo y dinámico, con lo cual toda descripción del mismo debe ser interpretada en clave provisional. A pesar de ello, existen unas líneas fuerza que configuran su *forma mentis* y que nutren su pensamiento presente y, muy probablemente, futuro. Nadie puede anticipar el pensamiento de un ser humano, tampoco lo pretendo en esta obra, pero sí que forma parte de mi propósito identificar las

constantes, los pilares que sustentan su vida mental y sus intuiciones sociales y eclesiales.

El Papa Francisco articula sus mensajes con un lenguaje claro y directo, es capaz de hacerse inteligible a personas de muy distinta condición. Es escuchado y querido por un gran nombre de fieles, pero su discurso también despierta interés entre los no creyentes, porque tiene la habilidad de comunicar de un modo claro y directo.

Su voluntad de llegar a los no iniciados, de salir de la propia comunidad para contactar con quien está más allá de ella, se pone de manifiesto en sus discursos. Su pretensión es sumar e integrar y, en el mejor de los casos, tender puentes de diálogo con quienes no participan de la misma cosmovisión ni opción de vida. Esto es lo que se espera de un Pontífice, que tienda puentes y reúna y acoja distintas sensibilidades.

Centraré mi exposición en tres ideas claves en la llamada a la santidad: el valor de la autodonación, la necesidad de salir de uno mismo y el imperativo de llegar a las periferias del mundo. Gran parte de estas ideas tienen como foco de inspiración la exhortación apostólica, *Gaudete et exsultate*. *Sobre el llamado a la santidad en el mundo actual* del Papa Francisco.

2. La autodonación: camino de santidad

La autodonación es la verdadera vía de santidad. El proceso de autodonación exige superar una cadena de barreras invisibles. No se presenta como un itinerario fácil, sino más bien como una subida. A pesar de que la teleología del don está inscrita en cada ente, desde el más ínfimo hasta el más complejo de la escala de los seres, el ser humano se halla con una serie de obstáculos para liberar el don.

La vía de la autodonación que proponemos aquí choca, frontalmente, con las propuestas que reinan en el imaginario colectivo, en el cual la felicidad se concibe como la obtención de placer, la culminación de un deseo, o bien como el confort o el bienestar material, pero raramente se vincula a la práctica de la donación.

Es necesario constatar que estos modos de concebir la felicidad humana causan un verdadero mal al espíritu, pues cuando uno adquiere el placer que supuestamente le daría la felicidad o el confort que debía garantizarle tal felicidad, experimenta un profundo vacío y se percata que la felicidad está en otra parte.

Somos don y estamos hechos para don. Nos ha sido dada una naturaleza y sentimos, desde la vocación originaria, la llamada a dar lo que somos, pero esta llamada choca con un obstáculo fundamental: el *ego*. El *ego* no es un don, ni una realidad tangible, tampoco es algo que tenga entidad en sí mismo. Es una tendencia, un vector, una fuerza que se opone al movimiento de la autodonación, como una especie de resistencia fundamental, atávica, que priva el proceso de donación gratuita.

Para ahondar esta noción de autodonación es clave subrayar la perspectiva de Don Bosco. San Juan Bosco emplea el binomio trabajo y templanza para iluminar la cuestión. Con la palabra *trabajo* se refiere a la donación, esto es, a la práctica de darse, a través de la acción. Es la dimensión visible del acto de autodonación. Con la palabra *templanza* se refiere a la ascesis interior, al ejercicio de trascendencia del *ego* que exige, necesariamente, el acto de donarse. Ambos elementos nos configuran al Cristo (Artículo 34 de la Carta de Identidad Carismática).

Según Albert Einstein, la exigencia de liberarse del *ego* es un mensaje común y universal en todas las religiones y no exclusivo del cristianismo. El propósito de todas ellas es liberarse del *ego*, puesto que sólo así es posible superar la visión fragmentada y dualista de la realidad; sólo así es posible practicar la benevolencia universal y la gratuidad, sentir verdaderamente compasión por el otro, ensanchar los límites del propio yo para conectar con la experiencia fundamental del otro. La compasión exige, como condición de posibilidad, la práctica de la liberación del *ego*, porque es imposible compartir el *cum* de la compasión, si el *ego* no trasciende su mundo y empatiza con el destino del otro.

Frente a la dinámica egológica que encierra al ser humano en su pequeño y diminuto mundo, está la dinámica del amor, que le extasía, le abre a

los otros, a dar lo mejor de sí mismo. Escribe Søren Kierkegaard: “*El amor no busca lo suyo: porque en el amor no hay ni mío ni tuyo. Ahora bien, mío y tuyo no son más que una determinación relativa a ‘propio’; por lo tanto, si no hay ni mío ni tuyo, tampoco hay algo propio; y no habiendo nada propio es, sin duda, imposible buscar lo suyo*”¹.

La vía de la felicidad y de la armonía social pasa, necesariamente, por la liberación del *ego*. Esta exigencia trasciende los universos religiosos y une, hondamente, a todos los seres humanos. Por ello, escribe el teólogo suizo, Hans Urs von Balthasar: “Cualquiera que, aún fuera del cristianismo, quiera romper su estrechez egoísta y hacer el bien por el bien, recibe una luz que le indica un camino que puede y debe seguir, luz que al mismo tiempo le da la revelación de la verdad y una vida más dinámica”².

La verdadera espiritualidad es autodonación, es apertura que trasciende la tendencia egocéntrica. Ello nos exige discernir a cada momento qué debemos hacer. Escribe el Papa Francisco: “El discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos” (GE, 175).

3. *Salir de sí: camino de santidad*

Salida de sí es una de las expresiones más utilizadas por Jorge Mario Bergoglio a lo largo de su magisterio pontificio y que aplica a distintos ámbitos y realidades.

Expresa un movimiento, o mejor todavía, una actitud frente a la vida, un modo de ser y de estar en el mundo. Consiste en descentrarse, en olvidarse de uno mismo, del propio mundo personal para abrirse al mundo del otro. No significa, en ningún caso, la negación de la propia identidad, sino la superación de la autorreferencialidad y del narcisismo.

¹ S. KIERKEGAARD, *Las obras del amor*, Sígueme, Salamanca, 2006, p. 320. La cursiva es del autor danés.

² H. U. VON BALTHASAR, *Teodramática*, t. 3, Encuentro, Madrid, 1993, p. 484.

Salir de sí constituye un movimiento tanto en el sentido físico como en el sentido espiritual del término. No solo significa desplazarse a otro lugar, conocer otra tierra, prestar atención a una nueva geografía, a un nuevo lenguaje, sino también ser capaz de ahondar en otras categorías intelectuales, en otro universo lingüístico y espiritual, en definitiva, penetrar en otro marco referencial. Este movimiento es intrínseco al espíritu de la misión.

Salir de sí mismo es, en sentido estricto, una operación extática. *Éxtasis*, en el sentido más genuinamente griego del término, evoca este movimiento hacia fuera de uno mismo, hacia la alteridad. En clave espiritual, denota el encuentro con la Realidad absoluta, con la Alteridad indisoluble que el ser humano halla en lo más profundo de su interioridad y que, en ningún caso, se identifica con su yo.

En referencia a este punto, resulta pertinente en este contexto evocar la figura de san Francisco de Sales y recordar los artículos 27 y 28 de la *Carta de identidad carismáticas de la Familia Salesiana* donde se explicita el triple sentido que él otorga a esta expresión y la espiritualidad salesiana traduce como una espiritualidad de lo cotidiano.

En la filosofía de san Agustín, en lo más íntimo del ser humano habita el Cristo interior, pero sólo quien sale de su propio mundo, rompe su caparazón de ideas y de referencias, es capaz de experimentar tal encuentro.

Uno sale de sí mismo cuando es capaz de adoptar la forma de recipiente y se deja interrogar, cuestionar y aleccionar por la realidad que le circunda. El cristiano está llamado a salir de sí mismo, a negar su ego, tal como se expresa en el Evangelio y a entregarse a su prójimo, pero también la iglesia está llamada a realizar este movimiento, a salir fuera de sí misma para irradiar a Cristo en el mundo con una voluntad misionera. La cerrazón individual tiene como consecuencia la pobreza espiritual y la claustrofobia existencial.

Así, pues, la salida de sí, evoca una doble actitud. Por un lado, denota voluntad de conocer la alteridad, lo que está más allá del yo y de su mundo (sentimientos, pensamientos, recuerdos, anhelos, problemas, ilusiones), pero, por otro, evoca la voluntad de comunicar lo que uno cree en esa nueva realidad. La salida de sí no posee una función turística, no responde a la mera curiosidad intelectual. No se trata de salir de sí mismo porque uno esté harto de

lo que es, cansado de su propio terruño y necesite consumir novedades para llenar de sentido su existencia.

La salida de sí, posee otro fin: revelar lo que uno cree, irradiar a Cristo en el mundo, ser instrumento de pacificación, pero ello sólo es posible, si uno tiene la audacia de salir del cerco que conoce, del territorio que domina y que controla y asume el riesgo de fracasar, de ser herido y ridiculizado.

En efecto, la audacia es la virtud indispensable para realizar este movimiento y se opone radicalmente a la pusilanimidad. El pusilánime tiene tanto temor a fracasar, a quebrarse, a ser herido, que prefiere no salir de su propio mundo, de sus representaciones mentales. Vive en una pequeña burbuja intelectual, protegido, a cobijo, pero desconoce la novedad radical de Dios, porque prefiere instalarse en una imagen acomodaticia de Dios que él mismo se ha forjado.

Escribe el Papa Francisco: “Dios nos supera infinitamente, siempre es una sorpresa y no somos nosotros los que decidimos en qué circunstancia histórica encontrarlo, ya que no depende de nosotros determinar el tiempo y el lugar del encuentro. Quien lo tiene todo claro y seguro pretende dominar la trascendencia de Dios” (GE, 41).

La audacia es la virtud que nos predispone a asumir riesgos, a enfrentarnos a lo desconocido, a indagar en los límites, a cruzar las fronteras. Esta es la virtud que reconocemos en los grandes espíritus misioneros que, a lo largo de la historia de la iglesia, han llegado a los confines de la tierra, para comunicar el mensaje liberador de Cristo a todos los seres humanos. Para salir de sí, tanto a nivel individual como eclesial, es imprescindible asumir riesgos, estar dispuesto a equivocarse y a aprender de los errores cometidos.

Parece oportuno, en este momento, hacer referencia a la misma historia de Don Bosco y su vinculación a la ciudad de Torino. Precisamente este lugar donde estamos, en pleno siglo XIX, era, entonces, una periferia de la ciudad de Torino. Don Bosco se sintió llamado a vivir entre los jóvenes más pobres y abandonados, asumiendo todos los riesgos que ello suponía. Con este paso audaz dio origen a un nuevo estilo de presencia, de relación, de propuesta educativa y evangelizadora en el mundo juvenil. Un carisma, éste, presente hoy en tantos lugares del mundo.

Para salir de sí resulta imprescindible utilizar el lenguaje adecuado. Solo si uno es receptivo al lenguaje que se maneja en las periferias, será capaz de comunicar adecuadamente con los seres humanos que habitan en aquellas lindes. Para ello es imprescindible estar atento, ser receptivo, aprehender las categorías intelectuales que ahí se utilizan para, posteriormente, traducir el propio mensaje en un lenguaje que sea significativo. Esta tarea es imprescindible y ha sido una constante en la historia de las misiones. De hecho, muchos misioneros fueron pioneros a la hora de estudiar y exponer la gramática de pueblos cuya cultura se transmitía y, en muchos casos, se sigue transmitiendo de un modo oral.

La salida de sí, pues, además de audacia, requiere de adecuación. Adecuarse al destinatario es imprescindible para llegar a él y comunicarle algo que sea significativo para él, que suscite alguna resonancia en su interior. Al salir de uno mismo, de su propio lenguaje y de sus propias categorías, siente vértigo, se pone en situación de fragilidad, porque duda de su traducción, se pregunta si su modo de comunicar el mensaje expresa fielmente lo que cree o se adultera significativamente mediante el ejercicio de traducción.

El principal obstáculo a la salida de sí, además de la pusilanimidad, es el puritanismo, el temor a contaminarse cuando uno abandona sus propias categorías intelectuales para llegar al otro y comunicar un mensaje que sea significativo. La rigidez intelectual, la inflexibilidad y el temor a perderse en lo ambiguo, tiene como consecuencia final la repetición de lo mismo, con las mismas categorías que pueden ser útiles en el propio ámbito social y cultural, pero, en cambio, completamente irrelevantes e incomprensibles en las periferias.

La idea de salida de sí se vincula estrechamente con la *cultura del encuentro* y con la noción de *diálogo*. En efecto, el encuentro interpersonal requiere de la salida de sí de ambos interlocutores. Solo si ambos salen de sus propios mundos y se disponen a revelar lo que realmente sienten y piensan se produce el encuentro.

El diálogo requiere de la alternancia entre la salida de sí y la receptividad. Solo si uno hospeda la palabra del otro en su propio interior, puede responder a sus inquietudes y establecerse una verdadera

comunicación dialógica. El emisor sale de sí mismo y comunica el mensaje, pero éste solo puede hallar acogida, si el receptor se vacía de sí mismo y se dispone a hospedarlo en su interior. Este proceso de alternancia es intrínseco al ejercicio del diálogo.

Salir de sí, pero, ¿Para qué? Salir para anunciar, para sanar, para consolar, para enseñar. Esto significa salir, a pesar de no ser bien recibido. Este movimiento está constantemente referido en la historia de la salvación.

Los personajes bíblicos salen de su entorno, de su situación, obedecen la llamada de Dios que les impela al movimiento de salida. Es el caso paradigmático de Moisés. El patriarca ausculta una voz que le convoca a salir, con su pueblo, de la tierra de Egipto.

El éxodo del Pueblo de Israel es la primera expresión de esta salida buscando la liberación de toda forma de opresión. La salida de sí tiene una causa eficiente: la llamada de Dios. Es Dios quien llama a salir a las periferias, a descentrarse, a entregarse a los demás, a abandonar las seguridades del propio mundo para entregarse al prójimo.

En un plano estrictamente teológico, la salida de sí es una operación que tiene lugar en el plano de la misma divinidad. Dios, al crear el mundo, sale de sí, hace emerger una realidad de la nada (*ex nihilo*) y, a través de ella, manifiesta su ser, pero Dios no sólo crea, se revela en la historia.

La revelación puede interpretarse también en esta clave: Dios comunica su Palabra al mundo, da a conocer sus designios a la humanidad, la hace partícipe de su verdad. Sale de sí para elevar al hombre al plano de lo divino, le comunica el camino de salvación.

Esta salir de sí o movimiento extático de Dios no obedece a ninguna necesidad o carencia por parte de Dios, lo cual sería contradictorio con su naturaleza. Es una expresión de su amor, un fruto de su amor, porque el amor es difusivo y comunicativo por sí mismo. Quien ama, se da a sí mismo, sale de su propio caparazón para liberar al otro, para sanar sus heridas.

La culminación del movimiento extático de Dios es la encarnación del Hijo. El Dios Padre envía al Hijo al mundo para darse plenamente a la humanidad y salvarla. Esta salida de sí acaba con la pasión y con la muerte en cruz del Hijo de Dios. Dios, al salir de sí mismo, al encarnarse, asume la

condición humana y todo lo que conlleva, la finitud, la indigencia y todas sus epifanías, como el dolor, la fatiga, la desesperación y la soledad; se hace uno de los nuestros sin abandonar su naturaleza divina.

4. Las periferias de la existencia y del mundo

Una categoría estrechamente relacionada con la salida de sí es la noción de *periferia*. El cristiano está llamado a salir de sí mismo para transitar hacia las periferias. La periferia es ese territorio que está más allá de lo conocido, situado en las fronteras del mapa, lejos del centro de gravedad. Salir de sí para ir a las periferias requiere la audacia de penetrar en territorios arriesgados donde uno no sabe exactamente lo que se va a encontrar.

Periferias del mundo es una expresión que tiene un sentido estrictamente físico, geográfico. El papa Francisco se refiere con ella a esos ámbitos y territorios del mundo donde se sufre, donde el dolor y la indignación se manifiestan con gran intensidad. Nos referimos a esas áreas del planeta castigadas por las guerras, los genocidios, el hambre, la sequía, las dictaduras, el desastre ecológico, la violencia o la droga con sus consecuencias dramáticas que sobre todo afectan a los grupos más vulnerables de la sociedad, entre ellos, los niños y los jóvenes.

Periferias de la existencia es, también, una de las expresiones que más eco ha tenido del magisterio del papa Francisco. No son lugares; tampoco son territorios físicos. Son etapas de la existencia, episodios de sufrimiento, de soledad y de desesperación que todo ser humano puede vivir a lo largo de su curso vital. Nadie está a salvo, porque la fragilidad es consustancial a la persona humana.

La vida humana, tal como la describe el sumo pontífice, no es un *continuum*, tampoco es algo completamente previsible. Todo lo contrario. La novedad siempre está al acecho. Acaecen situaciones y episodios que uno no había imaginado, se cruzan circunstancias límite que ponen crisis todas las convicciones y toda esperanza. Adviene la enfermedad, la crisis de fe, la frustración laboral, la ingratitud, el dolor, la traición y la infidelidad.

El cristiano y también vosotros, miembros de la Familia Salesiana, por vuestra vocación específica, está llamado a salir de sí mismo, a transitar por las periferias de la existencia, para estar presente en esas circunstancias donde todo se viene abajo, donde cruje y uno se abandona a la desesperanza. En tales periferias de la existencia, está llamado a ser luz y fuente de esperanza.

Nadie desea ubicarse en las periferias de la existencia. Todo el mundo prefiere permanecer en el centro, donde todo está bajo control, donde todo fluye de manera rutinaria. Precisamente la Iglesia se siente llamada a hacerse presente no solo de un modo superficial, sino con la voluntad de arraigar, de quedarse, de transformar esa realidad. Para ello es fundamental la dinámica de encarnación, con todos los riesgos que ello supone.

Sin embargo, la función de la Iglesia es la de ser madre y maestra (*mater et magistra*), como apuntó Juan XXIII, ser fuente de consolación y de curación en estas circunstancias periféricas. Justamente en las periferias de la existencia es donde es más necesario que nunca el lenguaje de la esperanza, pero también donde es más difícil articularlo dada la fractura en la que se vive.

Las periferias de la existencia son, también, lo que el filósofo y médico, Karl Jaspers (1883-1969), denominó las situaciones límite (*die Grenzsituationen*): el dolor, la enfermedad, el fracaso, el desamor, la culpa, la frustración, la muerte propia y la muerte de un ser amado. Cuando uno sufre una circunstancia de este tipo, se viene abajo, se caotiza su existencia y se produce una ruptura de los roles habituales, de las rutinas cotidianas. Entonces es cuando necesita, más que nunca, la ayuda de los demás, el apoyo incondicional, el consuelo sin fiscalización, en definitiva, un hospital de campaña para curar sus heridas. La Iglesia está llamada a ser este hospital de campaña que se instala, provisionalmente, donde están las periferias de la existencia, para aliviar el dolor, sanar el alma e inocular esperanza.

Nadie desea estar en las periferias del mundo y, sin embargo, el planeta está poblado de estas áreas de sufrimiento. En esos ámbitos es más necesaria que en ningún otro lugar, la esperanza y la consolación. La Iglesia en salida que Jorge Mario Bergoglio promueve tiene una doble función. Por un lado, debe curar y aliviar, pero, además, debe transmitir el mensaje liberador y esperanzado del Evangelio. Esta es la llamada que han experimentado los

fundadores de institutos y de movimientos eclesiales. Este imperativo del Papa Francisco consiste, en el fondo, en un regreso a los orígenes, pero en las nuevas circunstancias del mundo actual.

El papa Francisco hace hincapié que la iglesia no es una organización no gubernamental de carácter asistencial. Está en el mundo para irradiar a Cristo, para comunicar su luz y su mensaje y por ello debe ser madre y maestra, hospital de campaña, pero, también foco transmisor de la esperanza en la resurrección.

Forma parte de la responsabilidad de las instituciones educativas dar a conocer estas periferias del mundo para que los ciudadanos más jóvenes sean conscientes de ello y no sucumban a la globalización de la indiferencia. Es fundamental luchar contra la ignorancia, contra la delincuencia y contra la marginación con las armas de la educación para evitar la reproducción de más periferias del mundo.

Estamos llamados, todos, laicos, religiosos, presbíteros, a ser y a vivir esta misión que es el camino de santidad, un camino que no está vetado a nadie, que cada cual puede transitar desde su condición, con sus recursos, talentos y energía vital, pero que solo puede culminar si es sostenido, a cada instante, por Dios.